

EXTRAORDINARIA NOVEDAD

jose' maria gironella

100 ESPAÑOLES Y DIOS

ediciones Nauta

un test psicológico sin precedentes

100 ESPAÑOLES

Evaristo Acevedo - Ignacio Agustí - Lili Álvarez - Anson - Antonio - Del Arco - Arelliza - Manuel Aznar - Alfonso Balcázar - Antonio Bienvenida - Manuel Blancafort - Carlos Bulgas - Mario Cabré - Calvo Serer - Calvo Sotelo - Camón Aznar - Caro Baroja - Narciso de Carreras - Ciriot - Noel Clarasó - Alfonso Carlos Comin - Cuixart - Cunquero - Dalí - Delibes - Fernando Díaz - Guillermo Díaz - Gerardo Diego - Enrique Díosdado - Xavier de Echarri - Fernández Cruz - Fisac - Fraga Iribarne - Antonio Gala - Federico Gallo - Juan Gich - Gil Robles - Gila - Magdalena C. de Gironella - Jiménez Lozano - Jiménez de Parga - Elisa Lamas - Lara - Adolfo Ley - López Ibor - Torcuato Luca de Tena - Madariaga - Maraón - Susana March - Marés - Julián Marías - Ana Mariscal - Marisol - Marsillach - Masriera - Ana M.ª Matute - Bartolomé Mestre - Mihura - Jaume Miravittles - Luis Miravittles - Miret Magdalena - Enrique Monjo - Muñoz Alonso - Paniker - Paso - Pemán - Pi Suñer - Pinto Grote - Plulachs - Baltasar Porcel - Pilar Primo de Rivera - Francisco Rabal - Antonio Ribera - Rodríguez Delgado - Joaquín Rodrigo - Carlos Rojas - Emilio Romero - Luis Romero - Ros Marbá - Luis Rosales - Ruiz Iriarte - Ruiz Jiménez - Sáinz de Robles - Sáinz Rodríguez - Enrique Salgado - Mercedes Salisachs - Salomé - Samitier - Santana - Mary Santpere - Carlos Sentis - Serrano Suñer - Serrat - Subirachs - Eduardo Tarragona - Tharrats - Torán - Urtain - Ignacio Villalonga - Yepes -

RESPONDEN A ESTAS PREGUNTAS

1. - ¿Cree Ud. en Dios? 2. - ¿Cree Ud. que hay en nosotros algo que sobrevive a la muerte corporal? 3. - ¿Cree Ud. que Cristo era Dios? 4. - ¿Cree Ud. que el Concilio Vaticano II ha sido eficaz? 5. - ¿A qué atribuye Ud. el hecho de que la Iglesia española se vea periódicamente perseguida por el pueblo de forma cruenta? 6. - ¿En qué sentido cree Ud. que la Ciencia, la Técnica y la Intercomunicación de los pueblos influirán sobre el tradicional sentimiento religioso español? 7. - ¿Ha experimentado Ud. alguna vivencia que haya influido sobre su actual actitud religiosa? Un volumen formato 22 x 23 cm., con 750 págs. y más de 500 fotografías. P.V.P. 650 ptas.

Ediciones Nauta - Ríos Rosas, 57 - Barcelona-6

¿Español - católico?

Las personas seleccionadas por el compilador del libro «Cien españoles y Dios» son suficientemente variadas y suficientemente populares para sospechar vehementemente que en ellas nos hallamos representados —en un abanico bien proporcionado— todos los españoles, y podemos —en un primer paso— aproximar a estas figuras y a los representados por ellas, que somos todo el pueblo.



Gila: «Es necesario creer en algo, porque no creer en nada es creer en uno mismo...».

Naturalmente que éste no es —ni puede ser— sino un primer paso. Pero bastante más ajustado y preciso que las divagaciones bienintencionadas de quienes identifican español y católico, entendiendo además por esta última palabra lo que tradicionalmente hemos comprendido ingenuamente tras ella: una fe abstracta escrita en letra muerta y unos dogmas expresados en forma recortada y descarnada, en un lenguaje de escuela más que en un profundo decir, coloreado —por ser cosa inevitable— por nuestra personal manera de ser. Y decíamos ser católico al que repetía impersonalmente unas fórmulas sin más averiguación ni interpretación.

Hoy, sin embargo, debemos decir que esta imagen debe ser rectificada: hemos de flexibilizarla. El credo del creyente no es posible expresarlo perfectamente con palabras abstractas, y se hace necesario que exista también la expresión personal de cada uno, para llegar a acercarnos incluso a lo que sea la creencia católica. Porque la creencia católica no tiene una fijeza muerta, sino una permanencia viva. El cristianismo ni siquiera es una filosofía, sino una vida.

Una muestra de lo que quiero decir está patente en las contestaciones de algunos creyentes, llenas de matices y hasta de confesiones inconformistas, que a algunos les pueden parecer heterodoxas, según los severos cánones que usábamos hasta ahora para juzgar acerca de las creencias de los demás.

Pero aún se refuerza más esta duda sobre la identificación de lo católico conservador y lo español, si vemos que muchos más de los que suponíamos se declaran con dudas, o incluso hacen una afirmación de ateísmo que, en no pocos casos, queda bien explícita.



A José María de Arelliza le seduce más la idea de que Dios se encuentra en el fondo de nosotros mismos...

La encuesta, simple cuestionario mejor dicho, de José M.ª Gironella, ha comenzado a desvelar —sin teorías ni apasionamientos— que la ecuación español = católico es una falsa ecuación.

Catolicismo del Siglo de Oro

Si es cierto que el catolicismo —sobre todo el inteligente del siglo XVI— tuvo una fuerte impronta en nuestras costumbres, no siempre ha sido tan decisiva su influencia. Y, desde luego, ahora no resulta ser tan evidente en algunos creyentes conservadores.

La teología política (bien anticlerical, por cierto) de los teólogos del Siglo de Oro propugnaba la libertad de los pueblos y su autodeterminación; la libertad de culto; el derecho de emigración; la transmisión popular del poder; el derecho de defensa contra la tiranía, incluso eclesiástica; la separación de poderes, eclesiástico y civil; la no-exención de las posesiones eclesiásticas, negando que fuesen siempre de derecho divino, y tantas cosas más de gran actualidad. Pero nuestros católicos muchas veces lo ignoraron o no hicieron caso de estas enseñanzas verdaderamente católicas. Y por eso resulta dudoso que la influencia que se llama católica sea de hecho de raíz auténtica, aunque sí lo haya sido frecuentemente el uso de su nombre para ejercer una dominación o conseguir un privilegio.

Nuestros místicos fueron sospechosos al Tribunal de la Inquisición, porque expresaban su fe demasiado personalmente. Pero, al fin, ellos estaban más cerca de la verdad que sus jueces, como la histo-



Miguel Delibes confiesa que «su vida fe va resultando más difícil».

ria ha demostrado. Y fueron testigos vivientes de la gran verdad de que «Dios es inexpressable», como decía San Agustín. A Dios no le podemos encerrar en nuestros conceptos, porque «los conceptos forjan los ídolos de Dios» (San Gregorio de Nisa).

Las dudas necesarias

La lectura de estas confesiones, expuestas tan diáfananamente en el libro, nos confirma en una gran verdad: que cualquier expresión recortada y clara de eso que los creyentes llaman Dios es falsificadora, y por eso lo que leemos en esta encuesta nos convence de que es «más fácil decir —de Dios— lo que no es que lo que es» (San Agustín).

Las afirmaciones tajantes de algunos creyentes se aproximan menos a esta postura católica —tan llena de matices— que las dudas que otros manifiestan. Está más cerca de la ortodoxia católica tradicional, en mi sentir, quien dice —como el ingeniero Carlos Bulgas— «que se trata de una razón a la que me cuesta comprender». O como Mario Cabré, cuando afirma: «Dar una opinión respecto a Dios, sus manifestaciones y contactos directos con el hombre y cuanto le rodea, hace que se forme en mí una densa capa de incomprensibles razonamientos».

Gila —el popular Gila— expresa esta paradoja, entre la duda de la razón razonadora y la necesi-

EL DIOS DE LOS ESPAÑOLES

Joaquín Calvo Sotelo opina que se está pasando del Dios Relojero de Voltaire al Dios íntimo que «es mi conciencia».



dad de creer en algo que sea más y que nos facilite ser más, así: «Es necesario creer en algo, porque no creer en nada es creer en uno mismo, y uno mismo no puede resolver más que aquello que los poderosos le permiten resolver».

Los creyentes inconformistas manifiestan también sus dudas ante la imagen que se las ha solido presentar, y hacen un esfuerzo por traspasar las palabras para llegar a una experiencia vital constructiva, presente en su concepción de Dios, fuera de toda idea que la encierre en una camisa de fuerza.

Del Dios Relojero al Dios de la Conciencia

Se ve claramente que se está pasando del Dios Relojero de Voltaire, que es citado por algún creyente como Joaquín Calvo Sotelo, al Dios íntimo que «es mi conciencia» o que «está en mi conciencia», según confiesan muchos.

Evaristo Acevedo, con sencillez, expresión de su espontaneidad responsable, es un creyente decidido que acepta al Dios-Creador del cristianismo (no al Dios Relojero especie de Ingeniero Todopoderoso), pero lo hace incidir preferentemente en el mundo en nuestra conciencia. José María de Arelliza, creyente también, dice que le «seduce más la idea de que Dios se encuentra en el fondo de nosotros mismos... que la definición dogmática de un Creador universal, lejano y omnipotente, relojero del mundo que sirve para explicar su origen». En forma parecida se expresa Federico Gallo: «Hace falta decir a los niños y a los jóvenes que Dios no es sólo un Dios creador... sino que hay que completar esa idea con otra que se refiera a un Dios íntimo, a un Dios personal. En ese Dios personal, más que en el Creador (idea simple), es en el que yo creo». Y hace ver que Dios está en el fondo de todo, «es la idea de todo» y «está dentro del hombre, dentro, muy dentro de su conciencia individual».

Resumiría yo esta tendencia nueva en los creyentes españoles, demasiado aferrados hasta ahora a una idea exterior de Dios, con estas palabras del mismo Gallo: «Dios, para mí, no es sólo el Dios Creador, sino también, casi más aún, es nuestra conciencia, que —por estar creada por Dios— llega a un momento a pensar por sí misma, a sentirse responsable, suficiente, y hace uso de su libertad...».

El mundo físico parece cada vez menos el lugar donde encontrar a Dios, porque el mundo se basta a sí mismo, es autosuficiente, y un Dios relojero no existe realmente en él. Como veremos al hablar de la creación en el reportaje siguiente, ésta es dura, rígida y no nos certifica nada más que de la existencia de un Demiurgo, como muy bien vio Platón. Y, por no haberlo aprendido así, surgen muchas dudas en la mente humana.

Hay creyentes —como Miguel Delibes— que, sin llegar a estas disquisiciones, parece que les aprecia al confesar que su «viva fe va resultando más difícil», pero, sin embargo, la conserva «afortunadamente».

Otros más inconformistas —tan diversos como Ciriot, Clarasó, Gala, Comín y yo mismo— queremos distanciarnos de esa creencia sin matices que presentan algunos creyentes en el libro.

El Dios personal

Muchos de los que creen expresan la idea de un Dios personal. Adolfo Muñoz Alonso y Julián Marías —dos pensadores católicos de distinta orientación— así lo dicen.

Otros, con total sencillez, confiesan sus creencias dificultades en la «límpida creencia plácida en un Dios personal» —a pesar de su acendrada y ejemplar fe—, como es el caso de Miguel Fisac. Pero esto no sólo es explicable que ocurra ante la idea más científica del «infinito» y del «eterno» que hoy tenemos, sino que es muy propio del pensar tradicional católico, aunque no se nos haya dicho.

El profesor francés E. Ruello, estudiando a Santo Tomás, decía que «la naturaleza divina como tal no debe ser considerada como una persona» (A. Jagu, «Horizontes de la persona», Ed. Herder). Y el famoso tomista padre Sertillanges afirmaba, hace cuarenta años, tranquilamente: «Dios no tiene cabida en ningún género, y... no se puede decir que es propiamente ni sustancia, ni persona, ni dotado de cualidades...: Dios es indefinible» (Sertillanges, O. P., Santo Tomás de Aquino). El



Mary Santpere: «Creo en un Dios creador. Necesito creer en él... Ahora, no puedo creer que Dios sea personal».

IV Concilio de Letrán dice que Dios es más de semejante que semejante a lo que significan estas palabras que se le aplican. Por eso diríamos más bien que ni lo personal ni lo impersonal puede aplicárselo propiamente a Dios.

Por eso también tiene dificultades Mary Santpere. «Creo —dice— en un Dios creador. Necesito creer en él. Ahora, no puedo creer que Dios sea personal». Y todo ocurre porque al aplicar a Dios estos nombres lo deformamos, lo hacemos demasiado a nuestro pequeño modelo, y surge la dificultad —perfectamente legítima— al querer definirlo y determinarlo encasillándolo en estas categorías humanas.

Las mujeres

Simplificando un poco podríamos decir que se encuentran en dos posturas antagónicas. Las creyentes —la mayoría— que, por lo regular, sienten «la necesidad» de Dios, y por eso creen en él. Y las no creyentes, que adoptan una fría postura hacia él, tras una reflexión vital, nada abstracta tampoco.

Ahí están Lili Álvarez, Magdalena Castañer de Gironella, Elisa Lamas..., que dicen: «Pienso que esta creencia es algo connatural en mí». «Dios me es necesario».

Las otras —las que adoptan la postura contraria— hablan en un tono tranquilo de confesión personal negativa un poco desesperanzada, pero serena y sin patetismos. Un poco como los cientí-

ficos que en el libro evitan toda coloración demasiado apasionada.

Esto también es nuevo; desconocido en nuestro país.

Y es una experiencia digna de meditar a la hora de hacer esas clasificaciones prematuras sobre lo que sea la mujer en nuestra patria.

Por eso, al leer la confesión de las mujeres no creyentes me recordaban el tono de una gran pensadora, Simone de Beauvoir, que ha adquirido una madurez evidente en su increencia, aunque esto pueda chocar a los creyentes demasiado ingenuos.

Por caminos antagónicos, unas y otras —creyentes y no creyentes—, llegan a construir su vida en forma totalmente respetable, y ambas nos dan materia de reflexión a los hombres para deshacer los clichés demasiado superficiales que nos forjamos de ellas muchas veces.

Los científicos y los sencillos

En mi opinión no están tan alejados entre sí como podemos creer a primera vista, al menos algunos de ellos.

Cuando los científicos desbaratan la idea mítica de Dios o al Dios alienante de muchos creyentes, proyección de sus propias insuficiencias, a mí me parece que se acercan —sin saberlo— a la reacción de un Urtain que dice: «Si, creo en Dios, aunque me parece que lo hago de una forma especial... Básicamente, mi forma de creer es el no hacer daño a nadie. Ya sé que puede parecer extraño en mi profesión... pero lo primero que hago cuando termina la pelea es pedir excusas al adversario y decirle...: "Es nuestra profesión"». La misma confesión leí una vez de un ateo que fue a visitar al padre Pierre —el promotor de los traperos en París— y, diciéndose ateo —al revés que Urtain—, creía, sin embargo, en lo mismo que él cree.

Me sorprende —gratamente, por supuesto— la seriedad y serenidad cuidadosa en no afirmar nada con exceso los científicos no creyentes, como el psiquiatra Rodríguez Delgado, o el médico Enrique Salgado, que dice en síntesis: «Poco valor absoluto puede tener que diga que creo en algo o que no creo...; yo soy yo y mi herencia... Nada conozco de un Dios personal; no sé si existe o no».

Otros, como Francisco Rabal, desde otro plano bien distinto al científico, son ejemplo de haber desarmado en sí mismos la creencia en un Dios alienante que le sugirieron en su educación religiosa.

El haber insistido en unas cualidades, calificadas de lo que se llama Dios, ha sido rechazado por quienes han reflexionado sobre su incongruencia. Incongruencia que fue vista y afirmada claramente por los filósofos católicos tradicionales como he expresado antes, pero a los que casi nadie tuvo en cuenta en nuestra educación católica la mayor parte de las veces.

No hay un Dios de los españoles, pero creyentes y no-creyentes se acercan cada vez más, rechazando una mísera imagen de Dios que parecía esencial a nuestra creencia católica española. ■ E. MIRET MAGDALENA.



Mario Cabré: «Dar una opinión respecto a Dios hace que se forme en mí una densa capa de incomprensibles razonamientos».